

De la misma manera que los manganjas utilizan los hormigueros como atalayas, aprovechan ellos estas alturas naturales que en los tiempos de lluvia son los únicos puntos firmes y secos que se encuentran en medio de aquellas inundaciones y en los cuales plantan el maíz y el durra. Livingstone habla también de una especie de arroz que «el pueblo, sin embargo, no conoce ni necesita.» Sus alimentos favoritos son las bulbos de la planta del loto y el meollo del arbusto papyrus. La ganadería parece ser aquí más bien una noble pasión de algunos caudillos que base de alimentación para el pueblo. De los peces de esta región cita Livingstone el *samba* que es el mayor, el *pumbo* (especie de carpa con las aletas ventrales rojas) que es el que más abunda y el más importante como alimento, el *kambari*, el *lopatakwao* y el *polwe*. Las pescas más abundantes son las que se hacen en el Zambezé cuando los peces, en la época de la cría, remontan la corriente. A pesar de que estos babisas se ven obligados á navegar con frecuencia, sus canoas son muy imperfectas y sólo sirven para ser arrastradas por medio de perchas por encima de las praderas inundadas. En este concepto están mucho mejor provistos los babisas del Bangweolo que habitan en islas, es decir los mbogwas. Las cuatro islas grandes pero planas del lago están habitadas por hábiles pescadores que poseen excelentes canoas.

Esos babisas de los pantanos se diferencian de las vecinas tribus por su tocado especial que consiste en añadidos de piel ó de pelo en forma de orejas, muy parecido al gorro orejudo de los damaras. El carácter de los babisas de los pantanos tiene también algo de especial que Livingstone



Un monje galla de la tribu limu de Enarea. — (De una fotografía de la colección de Pruner Beis).

define con esta acertada observación: «los isleños tienen siempre tendencia á permanecer en sus fortalezas naturales, impulsándoles á ello el sentimiento de su seguridad.» Su historia explica en cierto modo su carácter exclusivista y desconfiado, pues los masitus los han arrojado á estos pantanos de difícil acceso: la experiencia les ha enseñado que no convenía intimar mucho con otras gentes. Que las tradiciones hablan de un estado mejor y de mayor libertad anterior al que actualmente disfrutan, lo demuestra la relación de Livingstone quien, unos días antes de su muerte, mandó llamar á muchos babisas para preguntarles si sabían algo de una montaña de la cual salían cuatro manantiales, obtenien-

do por toda contestación que los que antiguamente solían viajar habían muerto. Hace algunos años, la ciudad de Malenga era el punto de reunión de los comerciantes babisas, pero éstos habían sido arrojados de allí por los masitus, habiéndose retirado á esos pantanos.

Mientras estos babisas de los pantanos habitan en la orilla oriental del lago, la orilla meridional, seca y fértil, sirve de asilo á una porción de fragmentos desprendidos de estas tribus, que son principalmente agricultores, vigilan muy atentamente sus cosechas y están siempre dispuestos para la fuga.

CAPÍTULO V

PUEBLOS GUERREROS Y PASTORES DE LA TRIBU ZULÚ (MATABELES, WATUTAS)

«Los watutas son los beduinos del interior de Africa.»

STANLEY.

El dualismo étnico en el Este de Africa.—Pueblos guerreros y bandidos de la especie de los zulús.—Los matabeles. Su separación de los zulús. Historia en tiempo de Moselikatse.—Las tribus afines de los matlapatlapas y bamawakanas.—Las tribus fraccionadas de los baroekwas, barokas, balempas y maschonas.—Los landines del bajo Zambezé.—Los masitus, mavitis.—Historia de los watutas y de los wahehes. El rey Mirambo.—Los zulús monos: mahindsches y walungus.—El miedo como factor origen de las emigraciones y de las nuevas colonizaciones.—Los wayaos y su participación en el comercio de esclavos.—Ojeada más favorable.

Los antagonismos internos que ofrecen las más de las poblaciones del Africa ecuatorial oriental constituyen un fenómeno extraño que merece ser estudiado, sea como carácter de civilización, sea como medio para explorar la historia de los africanos. Pocos pueblos pacíficos agrícolas encontramos que no estén rodeados de ganaderos nómadas, ó aterrizados por pueblos guerreros semi sedentarios, ó que finalmente no ejerzan á su vez una soberanía sobre algún pueblo más ó menos vasallo suyo. En la mayor parte de los casos, estos antagonismos se extinguen en aquellas tribus que, durante todo el curso de su historia, han vivido entre la vida sedentaria y el nomadismo y que encontramos en todos los pueblos de la tierra que se dedican principalmente á la agricultura (¿no tiene por ventura la misma Europa los bohemios, pueblo nómada rebelde á toda policía?). Pero el contraste aparece más marcado en el Africa, porque toda la población aborigena no ha alcanzado un grado muy superior de estabilidad, sino que casi siempre vacila entre ésta y el nomadismo, viniendo á parar con frecuencia á éste por poco que cambien sus circunstancias políticas y económicas. Este antagonismo lo encontramos en todas las comarcas que recorremos, pudiendo muy bien decirse que adquiere mayor fuerza cuanto más avanzamos, en dirección al Norte, hacia el país montañoso del Este de Africa, y que por ciertas circunstancias puede deducirse que el Norte es su origen ó por lo menos el punto de donde arranca su fuerza.

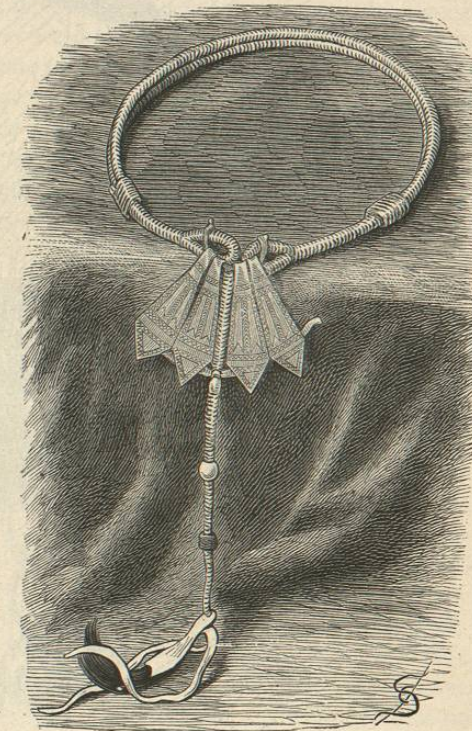
En la esencia del nomadismo está el ocupar extensos territorios y por ende el transportar las cualidades étnicas de una región de una parte de la tierra á otras más remotas, mientras que, por el contrario, los agricultores apegados al terruño conservan, aun en territorios muy inmediatos, diferencias importantes. Este antagonismo no es para nosotros ningún hecho nuevo, pues la invasión del país marutse por los makololos, pueblo que en la historia del Africa interior es conocido como mestizo de betschuanos con un núcleo constituido por los basutos, puede hasta cierto punto ser considerado como choque de los antago-

nismos entre ganaderos y agricultores, es decir entre un pueblo errante y un pueblo sedentario. Pero esto dentro de nuestra experiencia histórica era un fenómeno aislado y por esto fué pasajero, es decir que el mayor número de antiguos agricultores sedentarios absorbió á los invasores. Se ha hecho notar que la presencia de los makalakas y otros y la propagación de ciertos usos y costumbres más allá del Zambezé prueban, al parecer, la repetición de estas invasiones de sud-africanos en el territorio del Africa central; pero también hay que tener en cuenta que no muy lejos del Zambezé, al Norte, cesa casi por completo la ganadería, de suerte que en los territorios meridionales del Congo los bueyes son una verdadera rareza. Sin embargo, entre los agricultores aparece la población de los enanos que, aunque de otro modo, es decir cazando, ejerce cierta influencia nomadizadora. En los países montañosos del Este, estos antagonismos, más marcados y más fundamentales, se presentan de distinto modo, pues en ellos vigorosas potencias nómadas cruzan las residencias de casi todos los agricultores, respecto de los cuales están unas veces como soberanos permanentes, otras como poderosas hordas rapaces y otras como gentes que viven pacíficamente sometidas y en enigmáticas relaciones de superioridad, ora dominante, ora simplemente de pura forma honorífica. El origen de estos pueblos es muy distinto: por esto conviene ante todo hacer notar que puede demostrarse ó es probable que una parte de ellos procede del Sud, al paso que está muy justificada la procedencia del Nordeste de la otra parte. Hablando en tesis general, la primera parte se distingue por el instinto de guerra y de rapiña que constituye el carácter fundamental de su vida y de sus sentimientos, mientras que la segunda se caracteriza por su afición decidida á la vida pastoril, conforme á la cual viven pacíficamente entre los pueblos agrícolas. Los pueblos enanos aficionados á la caza (véase pág. 118), los cazadores profesionales de hipopótamos (watwas) y otros son, según todas las probabilidades, pequeñas derivaciones de uno ú otro grupo.

De todos estos pueblos, el más conocido en punto á origen y á historia y por ende el que con razón puede ser estudiado antes que todos los demás, es el de los matabeles, oriundos indudablemente del Sud: este pueblo es marcadamente guerrero y bandido y puede ser considerado como el mejor representante de aquel tipo, en primer lugar citado, de los pueblos errantes del Este del Africa. Habitando al Nordeste de los zulús y en inmediato contacto con ellos los matabeles, se les parecen en todo lo esencial, y en realidad no forman más que un grupo grande y aproximado del tronco fundamental dentro de la notable cadena de pueblos zulús que se extiende desde Natal hasta más allá del ecuador. Las tradiciones y las leyendas al par que la analogía de sus costumbres, demuestran que su separación de los zulús data de reciente fecha, y si hubiéramos de dar crédito á las primeras, diríamos que el actual país de los matabeles fué en otro tiempo un país independiente gobernado por una reina á la que otras habían precedido. Debilitado por el hambre, fué este pueblo sojuzgado por los cafres, los cuales á su vez fueron sometidos por Moselikatse que apareció después de ellos. Por lo que á Moselikatse se refiere, todas las noticias concuerdan en que en tiempo del reinado de Tschaka fué enviado al frente de una numerosa horda de zulús al Norte para llevar á cabo una expedición de rapiña, habiéndose luego quedado por su propio gusto en este país que es uno de los más hermosos y fértiles del Sud de Africa, imitando á su soberano en su afición al robo y á la guerra de la misma manera que los matabeles igualaron á los zulús

en crueldad y espíritu guerrero. La organización militar de los zulús no cambió allí en lo más mínimo, y por esto los matabeles son aún hoy en día fieles imitadores de ellos. «Sus formas atléticas, su mirada salvaje, su desnudez apenas velada por una cola de pantera atada sobre las caderas, su terrible lanza, su colosal escudo que cubría todo su cuerpo, hacían que estos cafres se distinguieran fácilmente de los bahurutse», dice Casalis hablando de los embajadores de Moselikatse que, en 1840, llevaron á los misioneros franceses del país bahurutse la orden de presentarse á este soberano: en su relato describe á los zulús de conformidad con lo que en la misma época y casi en los mismos términos nos dice Gardiner.

Moselikatse hace mucho tiempo que ha muerto y su hijo Lobengula tiene su residencia de Gubulewayo, visitada por



Un adorno de latón para mujer, de los gallas (Museo etnográfico, Munich) ¼ de su verdadero tamaño.

muchos comerciantes blancos, cerca del lugar que algunos de nuestros mapas designan todavía con el nombre de ciudad de Moselikatse. Pero los matabeles han continuado siendo lo que eran sus padres, por más que, como fácilmente se comprenderá, la separación en el espacio durante tanto tiempo haya producido algunas variaciones externas que contrastan con la uniformidad de los zulús. Así por ejemplo el tocado es mucho más variado, pues llevan gorros de piel de gato-tigre y de cebra con largos plumeros de plumas de pavo real y de águila. Otros llevan manojos esféricos de plumas de pintadas tan grandes como la cabeza misma y de los cuales sale, por encima de las demás, una gran pluma de adorno ó una cola de chacal. En cambio, las armas, el adorno guerrero de cola de pantera y otros adornos son casi exactamente iguales que los de los zulús. Sin las fronteras naturales que tienen á los zulús algo aprisionados entre el mar y las montañas y no sujetos á la opresión que la proximidad de los blancos en éstos ejerce, los instintos de los matabeles son más que guerreros salvajes y se han desarrollado mucho más habiendo crecido, por decirlo así, con exuberancia gracias á la proximidad de pueblos agrícolas cobardes. Su odio á los batokas y makalakas, sus vecinos